

EL DELICADO METABOLISMO DE LAS BACTERIAS BUCALES

F. 1 Diverso

Image not found.

Capítulo 1

EL DELICADO METABOLISMO

DE

LAS BACTERIAS BUCALES

Sobre las tres de la tarde, justo después de comer, hacía balance de su estado de ánimo. Este balance cotidiano solía coincidir con el cepillado de dientes del organismo donde se encontraba, porque debía esconderse en lo más recóndito de la picadura de aquella muela dónde se había instalado para evitar un horrible producto con sabor a menta que el ser usaba, y tenía tiempo para meditar sobre su vida. Luego vendría el banquete con los restos que siempre quedaban, lo que le permitiría continuar con su importante labor.

-¡Qué complicada es la vida de las bacterias bucales! -se dijo a sí misma tras reflexionar aquel día, preparándose para dormir su merecida y habitual siesta.

-Todos los organismos humanos que nos acogen no son iguales -le advirtió sin más un día una bacteria que pasaba por casualidad por allí y a la que no recordaba haber visto nunca antes.

-Eso no puede ser -replicó ella-. Jamás había oído de nadie semejante comentario. Los restos de comidas son iguales en todos lados.

-¿Qué sabrás tú? -preguntó sarcástica la otra bacteria, mientras se preparaba para comerse un resto de azúcar que tenía la pinta de ser de lo más apetitoso-. Eso lo dices porque seguro que nunca te has movido de aquí.

Esa frase de la bacteria, que se alejó una vez se hubo alimentado y dividido en dos, la hizo reflexionar. Era cierto. Nunca se había movido de allí. Eso sí, sabía que su organismo alojador se alimentaba bien. Por lo que había deducido, era un cirujano de un importante Hospital Provincial. Lo sabía porque, cuando el ser bostezaba, aquella ventana se iluminaba y le mostraba, por unos instantes, un mundo extraño y ajeno, lleno de aparatos médicos, puntos de sutura y recetas, pero que se le antojaba agradable de conocer.

Aprovechando una conversación convencional del organismo humano, la bacteria se situó justo en la punta de aquella enorme masa gelatinosa que se movía incesantemente cuando el ser donde estaba hablaba y, a modo

de trampolín al borde una piscina, aprovechó el movimiento para impulsarse hasta un nuevo organismo.

Una vez en su nuevo alojamiento, a la hora acostumbrada, corrió a refugiarse en alguna picadura antes del cepillado habitual de dientes. Pronto comprobó que no era necesario. Ningún cepillo ni ninguna crema dental aparecieron por allí. A los pocos días había tantas compañeras suyas alrededor de ella, que era imposible refugiarse en ningún hueco de las muecillas.

-¿Dónde estoy? -preguntó finalmente a una bacteria gorda y fea, harta de comer, que había visto allí desde que llegó y que parecía no importarle demasiado nada de lo que sucediese a su alrededor.

-No me hagas perder la concentración -le contestó sin más de forma grosera.

La bacteria no lo pensó mucho y volvió a preguntar lo mismo, esta vez a otra compañera que se alimentaba a placer, a juzgar por el volumen de su membrana.

-¿Dónde estamos?

-En la boca de un anciano.

-¿Qué es eso?

-Una boca que vive casi de los restos que encuentra en algunos casos.

-Yo siempre había creído que todas las bocas eran iguales.

Otra bacteria que pasaba por allí se echó a reír.

-¿Cómo pensaste tal cosa? -le preguntó extrañada-. Las bocas humanas dependen del alimento que ingieren y de la forma de vida que lleva el organismo que se alimenta con esa boca. Créeme. He visto de todo. Hay sitios muy buenos, amiga mía... ipero hay otros!

Pronto empezó a cansarle aquella multitud que le rodeaba, dividiéndose y subdividiéndose sin cesar y, sobre todo, aquella monotonía alimentaria. ¿Dónde estaban aquellos azúcares que tanto le gustaban, aquellas proteínas de tan buena calidad proporcionadas por algún trozo de carne que quedaba ensartada entre las mandíbulas? También descubrió que aquella persona, aquel alojamiento que le transportaba, apenas se movía, a juzgar por el estático escenario que veía en el exterior. Todo aquello comenzó a aburrirle.

-Me marchó de aquí -terminó por decidir.

Se colocó nuevamente en aquella lengua enorme que usaría como trampolín. Tuvo que esperar mucho tiempo hasta que descubriera a alguien al otro lado y, cogiendo impulso, se lanzó al vacío. Durante unos instantes que se le hicieron interminables vago por el aire, lo que era muy peligroso para su metabolismo. Hizo algunas piruetas y contempló como también otros seres como ella misma vagaban flotando por el aire, intentando encontrar algún organismo adecuado para su subsistencia: había bacterias, partículas de polvo -que debía esquivar con complicadas pliegues repentinos de su membrana exterior- pólenes, ácaros del polvo doméstico, seres de enorme tamaño que le parecían horripilantes con todas aquellas patas.

Por suerte, casi sin darse cuenta, se dio de lleno en el interior de una boca nuevamente. Examinó los alrededores y encontró también muchas compañeras que vivían a placer, aunque con un extraño sopor. Todas dormitaban, acomodadas y seguras, en las enormes cavernas de las caries de las muelas de aquel organismo. Como encontró sitio adecuado y comida, aunque no demasiado abundante, decidió instalarse allí una temporada.

Pronto comprobó a qué se debía el sopor que parecía apoderarse de sus compañeras, sopor que muchas veces se le hacía insoportable e impedía que pudiera realizar su mitosis correspondiente. Lo averiguó cuando comprobó que el líquido que aquel ser ingería con demasiada frecuencia no era precisamente agua. Lo había visto y percibido en otras ocasiones, en el organismo del médico, pero nunca en tanta cantidad. Aquello era vino y, además, de poca calidad. Era vino peleón, vamos.

-¿Dónde estamos? -preguntó a una compañera que intentaba a duras penas mantener el equilibrio de su membrana exterior.

-En el paraíso -le contestó con una extraña sonrisa.

-A mi me duele el núcleo -dijo otra.

-Pues yo tengo hambre -murmuró la bacteria, finalmente.

Luego comenzó a meditar. Ya no tenía nada claro el hecho de que todos los organismos humanos, tal y como siempre había pensado, fueran iguales. De hecho, ahora estaba seguro de que no lo eran en absoluto. Lo que le estaba sorprendiendo era cuan diferentes eran, tanto que estaba empezando a temer caer en algún sitio de donde le fuera imposible salir. De todas formas, pronto comprendió dónde se encontraba: el ser que la portaba era un organismo alcohólico, explicación que le dio una bacteria cercana, organismo que no hacía otra cosa que huir de la realidad a base de rodear sus células neuronales con moléculas de alcohol, lo que suponía

una clara desventaja (o ventaja) sobre el mundo del exterior, ya que no era completa la información que recibía desde éste.

De todas formas, decidió por curiosidad quedarse una temporada allí, a ver qué pasaba. Le costaba trabajo encontrar comida, era cierto, pero no mucho más que en la boca del anciano en el que había estado anteriormente. No compartía la idea de algunas compañeras suyas que opinaban que aquello era el paraíso. No entendía de dónde podían sacar semejante conclusión. Aquello podía parecer bien al principio, pero pronto comenzó a notar que le era difícil moverse, alimentarse, concentrarse, temía incluso tener algún problema en su descendencia. Luego venía lo de la agitación. Allí dentro no había un momento de descanso. La lengua constantemente se hallaba agitada y en movimiento. Más tarde le dijeron que ese movimiento era debido a confrontaciones que mantenía con el otro ser que se veía enfrente, cuando abría la boca.

-¿Cómo podía sostener un diálogo con otro ser si le era imposible el mantenerlo consigo mismo? -pensó la bacteria-. ¿Cómo podía expresar lo que había en su interior si su cerebro apenas podían darle una idea clara de lo que había en el exterior?

Determinó finalmente que aquel ser no le gustaba. Quería marcharse de aquí, volver a su querida picadura en la boca del médico, siempre cuidada, siempre limpia, con apenas bacterias como ella misma alrededor, ¿cómo podía concentrarse allí? ¿No acabaría todo aquello dañando su delicado metabolismo?

-Tengo que marcharme de aquí -decidió tras solo un par de días.

-¿Adónde quieres ir? -preguntó una bacteria pequeña con la que había entablado amistad.

-Adónde sea con tal de no seguir aquí -contestó ella-. Probaré en el organismo que se ve enfrente. Me da lo mismo.

-No te lo aconsejo -le advirtió su amiga lo que la sorprendió pues le parecía un ser en quien se podía confiar-. Yo ya estuve allí. Es deprimente.

-¿Por qué? -preguntó extrañada por semejante comentario.

-No lo sé. Cuando llevaba un tiempo en ese organismo noté una nostalgia, una pena infinita. Algo así como un dolor indefinido que empezó a apoderarse de mí. Tarde algún tiempo en entender que provenía del estado de ánimo del organismo en el que me encontraba, ya sabes, de esas moléculas pequeñas que acaban colándose por entre los resquicios de nuestra membrana y nos hacen saber cómo está el ser que nos porta y

da la vida.

Pero la bacteria ya lo tenía decidido. Estaba harta de dónde estaba. Sencillamente necesitaba cambiar de entorno, de ambiente. No lo pensó más, se colocó nuevamente a la expectativa y en cuanto pudo dio un salto para cambiar de vida.

Durante unas horas buscó, como había hecho anteriormente en cuanto hubo llegado a un nuevo organismo, la manera de satisfacer sus necesidades más básicas y apremiantes -comer, alojarse, reproducirse- y luego se decidió a contemplar las inquietudes que asolaban las entrañas del ser en el que se alojaba. No tardó en dar la razón a la bacteria que había estado antes en aquel organismo.

-¿Qué ocurre aquí dentro? -Se preguntó a sí misma sin terminar de entender que estaba ocurriendo-. ¿De dónde proviene este abatimiento, esta tristeza?

Cuando asomaba la cabeza seguía viendo al ser dónde había estado antes, al organismo alcohólico, al otro lado. Dedujo que había algún tipo de extraña relación entre ambos organismos. También terminó por comprender que esa relación era lo que provocaba la tristeza en el ser dónde se encontraba.

Al día siguiente, cuando más tranquila estaba, intentando relajarse y proceder a su partición habitual, notó un fuerte golpe en la membrana. Lo habían provocado las células de la piel interna de la boca de su alojamiento, que por poco la aplastan contra el diente donde vivía.

-¿Qué hacéis, chicas? ¡Qué me vais a aplastar! -gritó protestando.

No obtuvo respuesta, sólo un nuevo golpe, y después otro, y otro más.

-¿Qué ocurre? -Preguntó otra bacteria cercana.

-Es algo habitual aquí -contestó una con muy mala pinta sentada tranquilamente en el interior de la picadura de una muela, dónde se hallaba totalmente protegida-. No es más que el choque de las células externas de una mano humana contra las células externas de la cara del organismo dónde nos encontramos.

-¿Cómo sabes eso?

-Lo he visto desde la punta de la lengua.

-¿Qué lo provoca?

-El organismo de enfrente.

-¿Y no daña los tejidos de este organismo?

-Claro. Pero supongo que eso mismo es lo que busca: dañarlos.

-No lo entiendo.

Poco después cesó el golpeteo. Oleadas de moléculas de tristeza comenzaron a aparecer por todos lados, mezcladas con cantidades ingentes de plaquetas que empezaban a taponar las microheridas provocadas por los golpes en los capilares internos de las paredes bucales.

-Por favor... -pidió la bacteria, cansada de tanto misterio y entristecida por todo aquello-. ¿Pero, dónde estamos?

-En la boca de una mujer.

-¿Qué tiene de especial eso?

-Nada. Es un organismo humano como cualquier otro, pero en este caso, es un organismo humano maltratado por otro.

-¿Y por qué lo maltrata?

-¿Y quién lo sabe? A lo mejor no lo quiere, o lo odia, o sencillamente, le gusta maltratarlo.

-¿Y por qué no huye ella? ¿Tiene piernas no?

-Los sentimientos humanos son muy complicados, ¿no lo sabías? -Dijo alejándose tranquilamente de allí-. Nosotras no necesitamos de esas cosas, por suerte. Así somos más felices...

La bacteria empezó a reflexionar sobre lo que había dicho su compañera. Si una célula humana era feliz -y ella sabía que las células humanas lo eran- ¿cómo era posible que el conjunto de todas ellas no lo fuera? Era un sinsentido. ¿No eran todas las células iguales? Bueno, sabía que había ciertas diferencias, pero pensaba que todas estaban constituidas de los mismos orgánulos así que, por mucho que se esforzó, no consiguió entenderlo.

Durante varios días no volvió a notar los golpes en la cara externa del organismo femenino, pero luego, inesperadamente, cuando intentaba dormir la siesta, poco después de haberse dividido, volvieron a empezar. Y esta vez con más velocidad y rapidez. Además, comprobó como la lengua esta vez sí que se movía, es decir, protestaba ante los golpes que

recibía. Escuchó fuertes voces humanas, aunque no llegó a entender que es lo que decían. Nuevamente aparecieron las moléculas de la tristeza, la desesperación y el dolor, mezcladas esta vez con plaquetas y algunos glóbulos rojos que se habían escapado de sus capilares. La bacteria pensó que aquella vez sí que el organismo se había dañado seriamente.

Con mucho esfuerzo, evitando la riada de seres minúsculos con los que tropezaba, llegó hasta la lengua dolorida de aquel organismo femenino maltratado. Por primera vez en su vida, la bacteria, de alguna manera que no conseguía entender muy bien, se sentía unida al ser que la alimentaba, unida con aquel organismo entristecido y dolorido, abrumado por el comportamiento de otro organismo humano, semejante a él mismo.

Y, después de coger impulso, se lanzó al vacío, hacia el organismo de enfrente, hacia el organismo que maltrataba al otro.

No tardó en comprender que se encontraba en el alcohólico del que había escapado algunos días antes. Comprobó que todo seguía igual. No había habido ningún cambio. Se sentó tranquilamente en la primera picadura que encontró y esperó. Ya de noche, cuando entendió que el hombre descansaba -estaba claro que el maltrato hacia el organismo femenino le había provocado un enorme cansancio- se levantó y acercó hasta un trozo de comida. Lo comió con avidez, luego se dirigió hacia otro trozo e hizo lo mismo, y así hasta que su tamaño había aumentado tanto que tendría la necesidad de realizar subdivisiones aceleradas de su misma, y a su vez instó a sus propias hijas a hacer lo mismo. Y, al poco tiempo, comprobó que el organismo dónde se encontraba había golpeado con sus propias manos su propia cara, en un intento desesperado por calmar el dolor que aquel enjambre de bacterias le estaba provocando en la picadura de una muela.

Entonces, por un instante, sabiendo lo que le estaba ocurriendo al ser humano dónde se encontraba, la bacteria, relajada y tranquila, llegó a la conclusión de que, por lo menos hoy, aquel organismo estaría demasiado ocupado tratando de aliviar su inexplicable dolor de muelas y no tendría tiempo ni ganas de molestar a ningún otro organismo. Estaba segura que, tarde o temprano, si ella misma había llegado a esa conclusión, la mujer entendería que no podía ser bueno algo que le provocaba tanto dolor y desequilibrio, que las piernas humanas estaban pensadas para eso mismo, huir de las situaciones complicadas y que el cerebro humano era capaz de resolver cualquier situación que se planteara y buscar una solución adecuada para cualquier problema, cualquier dilema, cualquier intrincado acertijo. ¡Cuánto más para conseguirse a sí mismo la felicidad!